

Migración y trabajo en la construcción de territorios en la fruticultura del Alto Valle de Río Negro¹

Autores:

Mgter. Ana Ciarallo: anacia7@hotmail.com

Mgter. Martha Radonich: mmradonich@ciudad.com.ar

Dra. Verónica Trpin: vtrpin@ciudad.com.ar (CONICET)

Lic. Javier Grosso: cabesso@hotmail.com)

Docentes-investigadores del GESA-UNCo.

Resumen

El tradicional espacio del Alto Valle del río Negro históricamente expresó la tensión global-local, ya que en él se desarrolló la fruticultura como una actividad que desde sus inicios a principios del siglo XX se orientó a la exportación. Esto generó flujos dinámicos de capital, mercancías y trabajadores rurales.

Al consolidarse esta producción se afianzaron las “chacras” como unidades productivas dominantes, al tiempo que en sus “márgenes” se formaron pequeños núcleos de población trabajadora. Estos territorios, próximos a las explotaciones agrícolas, a orillas de los canales de riego -calles ciegas- o como barrios marginales de la zona urbana, constituyeron un patrón de organización espacial con características muy particulares. Los mismos tuvieron su origen en asentamientos de familias de migrantes, en su mayoría chilenos que venían a levantar la cosecha y que finalmente se radicaron en la zona.

Estos espacios residenciales conviven con las organizaciones productivas mayores, en las cuales se emplean. Territorializarse, para muchos migrantes que llegaron a la zona significó crear mediaciones espaciales que les proporcionan efectivo “poder” sobre su reproducción en cuanto grupos sociales.

Como desarrollaremos en la ponencia, la posibilidad de observar la imbricación en la larga duración de estos territorios relacionados con la migración y el trabajo en la fruticultura permite mostrar que no se opusieron a su dominancia, sino más bien se complementaron. Desde esta visión de una construcción social del territorio se reconoce la importancia del proceso social de producción protagonizado por el trabajo.

Introducción

El tradicional espacio del Alto Valle del río Negro se orientó desde sus inicios a actividades orientadas a la exportación, asimismo, ha sido punto de confluencia de circulación no sólo de capital y mercancías sino también de mano de obra.

¹ En este trabajo se presentan las primeras reflexiones del proyecto “Trabajadores rurales migrantes y territorios frutícolas. Trayectorias laborales y migratorias en la provincia de Río Negro”. Grupo de Estudios Sociales Agrarios (GESA)-UNCo

La movilidad espacial de la población fue una variable relevante en la construcción social del espacio valletano, movilidad que a partir del inicio del período agroindustrial estuvo protagonizado por la presencia de trabajadores chilenos como temporeros que llegaban a la zona para la cosecha de fruta. Esto afirmó la histórica vinculación entre los pobladores de la Patagonia Argentina y del sur del Chile.

Al consolidarse la fruticultura -1940-1950-, algunos de esos migrantes a los que se sumaron migrantes del interior rionegrino y neuquino pasaron a residir y trabajar en las chacras, otros optaron por conformar pequeños núcleos de población próximos a las explotaciones agrícolas, constituyendo territorios con características particulares. Estos migrantes dieron así lugar a una pauta de organización territorial.

En esta ponencia presentaremos las primeras reflexiones sobre la construcción social del territorio y de la movilidad territorial relacionada con la actividad frutícola desde un abordaje interdisciplinar. En segundo lugar una presentación sintética de la conformación particular de territorios reconocidos como proveedores de fuerza de trabajo para la actividad frutícola, que tienen su origen en los flujos migratorios con destino al Alto Valle.

El Alto Valle de Río Negro como territorio frutícola

En el norte de la Patagonia, en el área de transición entre el clima templado y el semiárido, el Alto Valle del río Negro y del Neuquén se conjugan suelos fértiles y la disponibilidad hídrica, lo cual presenta una gran potencialidad productiva. Una vez eliminadas las poblaciones originarias el capital inglés tempranamente explotó productivamente el área, acompañado por la extensión del Ferrocarril Sud², la apropiación privada de la tierra y la implementación de la infraestructura de riego.

Este oasis agrícola que se extiende en los valles inferiores de los ríos Limay y Neuquén hasta el valle superior del Río Negro, abarca una superficie aproximada de 100.000 has de las cuales tres cuartas partes pertenecen a la provincia de Río Negro y el resto a la provincia del Neuquén.

Este espacio se caracteriza por una marcada especialización en el uso del suelo, dedicado al cultivo de peras y manzanas cuya producción actual representa a escala nacional el 85% y el 74% respectivamente, con destino principalmente al mercado externo, al que se orienta el 78% de la producción, del cual el 32% es fruta fresca y un 46% está representado por productos industrializados destacándose los jugos concentrados. (Bendini y Pescio 1993).

La producción de fruta fresca involucra en la Argentina el 3% de las exportaciones del sector Producción Primaria Agropecuaria y Manufacturas de Origen Agropecuario y el 7% del 53% que representa el Sector Agropecuario en el PBI, según datos del 2003. El volumen aproximado de fruta de pepita exportado en el 2002 fue de 509.000 toneladas³. Otros valores actualizados sostienen que en el año 2006 se exportaron 121.150 toneladas de manzanas y

² Si bien en un principio la línea férrea respondía a objetivos estratégicos, con el correr de los años el capital británico comenzó a organizar la producción frutícola para hacer rentable al ferrocarril, a través de sus subsidiarias, la Estación Experimental de la colonia La Picaza, la Compañía de Tierras y la Argentine Fruit Distributors, conocida como A.F.D.

³ Anuario Estadístico 2003 de la FUNBAPA.

aumentó a 158.741 en el mes de mayo de 2007. Mientras, la pera continuó ganando mercado al pasar de 232.870 toneladas en el 2006 a 255.475⁴ en el 2007 (Trpin, 2007).

La creciente importancia del área se relaciona con un complejo proceso que tiene como hecho sobresaliente la incorporación de estas tierras al circuito productivo internacional, lo que ha orientado la constante incorporación tecnológica para responder a las exigentes demandas del mercado externo.

El Alto Valle se convirtió en un espacio de importante expansión económica en el que convergen actividades agrarias, industriales, comerciales, administrativas y financieras de la provincia de Río Negro. Ese dinamismo generó una notable demanda de fuerza de trabajo tanto en el ámbito urbano como en el rural, resuelta en gran medida por la migración proveniente del interior de las provincias de Río Negro y Neuquén, de otras jurisdicciones nacionales y de Chile.

La consolidación de la fruticultura como producción que vertebra la dinámica socio-económica delineó un territorio desde principios del siglo XX. Esta consideración se basa en los términos planteados por la geografía desde una perspectiva crítica en su preocupación por despojar la indagación de los espacios de determinaciones “naturales”. Desde estos aportes, un territorio constituye -en diferentes niveles de complejidad- un conjunto organizado de actores y recursos que interactúan dialécticamente; una realidad “construida” a partir de procesos complejos, que involucran interacciones sociales, dimensiones institucionales y culturales, y relaciones de poder (Radonich, 2004).

Ante la organización de este territorio dominado por la fruticultura y ante la presencia de flujos migratorios de diverso origen surge el interrogante acerca de qué otras territorialidades se organizaron en torno a la fruticultura por fuera de las tradicionales unidades productivas conocidas como chacras, en propiedad de los migrantes españoles e italianos transformados en “chacrareros”.

Esta propuesta considera los territorios como totalidad al tiempo que resalta singularidad, focalizando los significados propios construidos por la experiencia vivida por la población. Así, el territorio dotado de significado permite comprender cómo pueden coexistir sentidos diferentes que reflejan homogeneización -fragmentación o integración-desintegración (Radonich, 2004). El espacio social, es configurado a partir de la interacción diacrónica de procesos endógenos y exógenos, y del accionar diferencial de los sujetos sociales. Es una realidad en permanente movimiento de territorialización, donde se conjugan procesos de apropiación y dominio, de subordinación y de resistencias activas que desarrollan los grupos sociales en un contexto determinado (Steimbregger, Kreiter y Radonich, 2006).

Haesbaert (2004) sintetiza que la noción de territorio encierra aspectos políticos, culturales o simbólicos, naturales y económicos. Apoyándonos en este último, observar la organización por parte de la sociedad en el espacio valletano como territorio permite comprender la dimensión espacial de las relaciones económicas y sociales. El territorio frutícola es considerado fuente de recursos y parte de las disputas entre clases sociales como producto de la división “territorial” del trabajo.

⁴ Suplemento Rural. Diario Río Negro. 19 de Mayo 2007.

La antropología a realizado aportes al indagar sobre el aspecto relacional del territorio -no sólo en el sentido de ser definido siempre dentro de un conjunto de relaciones histórico-sociales-, más también en el sentido destacado por Godelier (en Haesbaert, 2004), de incluir una relación compleja entre procesos sociales y materiales. Por ser relacional, el territorio es también movimiento, fluidez e interconexión. En síntesis, en un sentido más amplio, atravesado por la temporalidad.

Reconocer a los territorios “aconteciendo” significa pensarlos a modo de “un espacio construido *por* el tiempo y *en* el tiempo, de manera que cualquier segmento de un territorio (...) es resultado/proceso del tiempo de la naturaleza y de un tiempo de los seres humanos y los pueblos que han habitado y habitan en él” (Ther Ríos, 2006). Consideramos que estas propuestas de reflexión teórica que reflejan preocupación por comprender los territorios a manera de objetos que no pueden analizarse aislados en el tiempo y en el espacio, posibilitan conocer cómo los procesos económicos, políticos y sociales que los caracterizan se traducen en formas particulares de apropiación y organización de los espacios por los diversos sujetos que los habitan.

En la fruticultura esa apropiación refleja relaciones de poder: en la etapa actual del capitalismo el acceso al espacio productivo se restringe al dominio del gran capital (Radonich, 2004). Sin cuestionar esta preeminencia del capital sobre el trabajo, consideramos que el Alto Valle no es una unidad homogénea, sino un territorio en el que intervienen diferentes actores que construyen configuraciones específicas.

Migración y territorialidades de trabajadores

En el paisaje rural del espacio objeto de estudio, la dominancia de las chacras, es matizada por espacios “residenciales” organizados por trabajadores rurales. Allí son observables relaciones que trascienden la dinámica laboral pero que constituyen parte de su reproducción como familias de trabajadores rurales. Atender estas particulares configuraciones protagonizadas por familias en su mayoría de origen migrante, permite visibilizar la acción humana que da forma a un territorio.

Se puede considerar la conformación de lugares de residencia en los “márgenes” de las chacras como parte del “proceso de territorialización” (Sánchez 1981:6). M. Santos realiza una importante contribución para comprender esta complejidad, particularmente desde el concepto de “territorio usado”:

“El territorio usado se constituye como un todo complejo donde se teje una trama de relaciones complementaria y conflictivas. De allí el vigor del concepto, convidando a pensar procesualmente las relaciones establecidas entre el lugar, la formación socioespacial y el mundo. El territorio usado, visto como una totalidad, es un campo privilegiado para el análisis en la medida en que, por un lado, nos revela la estructura global de la sociedad y, por otro lado, la propia complejidad de su uso” (Santos, M. en Haesbaert, 2004:59).

En una diferenciación muy interesante entre territorio como recurso y territorio como abrigo, Santos afirma que “para los actores hegemónicos el *territorio usado* es un recurso, garantía de la realización de sus intereses particulares”, para los “actores hegemonzados” se trata de “un abrigo, buscando constantemente de adaptarse al medio geográfico local, al

mismo tiempo que recrean estrategias que garanticen su sobrevivencia en los lugares”. (Santos, M. en Haesbaert, 2004:59).

Los trabajadores rurales han participado a lo largo del siglo XX en la construcción de esos “lugares de abrigo”, territorios que conviven con las organizaciones productivas mayores, en las cuales se emplean. Territorializarse, para muchos migrantes que llegaron a la zona atraídos por la demanda de mano de obra en la fruticultura significó crear mediaciones espaciales que les proporcionan efectivo “poder” sobre su reproducción en cuanto grupos sociales.

La posibilidad de observar la imbricación en la larga duración de estas organizaciones territoriales relacionadas con la fruticultura permite mostrar que no se opusieron a su dominancia, sino más bien se complementaron. Esto derivó en la posibilidad de gestar particulares relaciones de reproducción por fuera de las relaciones laborales, atravesadas sí por las distintas transformaciones que experimentó la fruticultura a lo largo de más de un siglo.

La reproducción de estas familias se desarrolla como parte de su condición de clase trabajadora en contextos de bajos salarios e inestabilidad laboral combinando la opción de emplearse en las chacras al tiempo que criar animales domésticos, mantener una huerta, abrir y mantener despensas o “boliches” y negociar con los municipios el acceso a servicios. Considerar el sostenimiento de estas relaciones como “estrategias” de una política doméstica de reproducción supone, según Gabriela Schiavoni (1995), apelar a una noción cuyo uso en ciencias sociales es discutible ya que involucra concepciones que atienden la dimensión de cálculo racional presente en el proceso de elección, o que observan el margen real de elección que tienen los actores. Las formas de garantizar la reproducción social y familiar no pueden observarse como resultado de cálculos conscientes o estrategias llevadas a cabo por sujetos que desean alcanzar fines independientes, desde la acción instrumental. Las prácticas de reproducción se gestan ante circunstancias cambiantes que se experimentan y resignifican colectivamente (Trpin, 2004).

Para observar la construcción de estas territorialidades como parte de la reproducción de la fuerza de trabajo consideramos que hay que destacar:

“la diferencia entre *manutención*, que se relaciona con la renovación diaria de la capacidad del trabajador mediante la satisfacción de sus necesidades de alimentación, vestido, vivienda, transporte, salud y otros, y la *reposición del trabajador*, que se refiere a su sustitución al retirarse de la población activa. Para reponerse generacionalmente el trabajador requiere los medios necesarios para criar sus hijos y satisfacer sus necesidades materiales (Singer, 1977 en De Oliveira, 2000: 629).

Los espacios apropiados por los migrantes para su residencia en cercanías a las chacras en las que se emplean constituyen territorios que contribuyen a la reposición del trabajador al ser lugares en los que construyen sus casas, crían a sus hijos e hijas, poseen animales y huertas, realizan comprar en las despensas, se juntan con vecinos en fiestas y eventos colectivos. Estas actividades estarían vedadas dentro de las chacras.

Resumir algunas de las características centrales de la fruticultura en distintas etapas, abre la posibilidad de historizar el carácter migratorio de los trabajadores rurales y su opción

por organizar lugares de residencia en cercanías a sus lugares de trabajo y como una modalidad de asentamiento definitivo en la zona.

La etapa que coincidió con los inicios y auge de la fruticultura que se extendió desde 1930 a 1960⁵, se caracteriza por el comienzo de la especialización productiva en el espacio valletano con cultivo intensivo de peras y manzanas bajo riego. La estructura agraria se conformó con la presencia de pequeños y medianos productores y una organización social del trabajo que combinó trabajo familiar y mano de obra asalariada (Bendini-Radonich, 1999).

En sus inicios esta organización tuvo al aporte migratorio internacional. Por un lado, población de origen europeo con acceso a la propiedad de la tierra -base de expansión de los “chacareros”-, por otro, población oriunda de Chile que se insertó en la estructura productiva como mano de obra.

Con respecto a la migración transoceánica es importante resaltar que a partir de 1930 - asociada a la crisis económica de esos años-, en Argentina se había detenido bruscamente la entrada de migración. Si bien se reanudó en la segunda postguerra, no tuvo la significación que en otros períodos. Es por ello que el crecimiento de la población del Alto Valle durante 1930 se restringió a las posibilidades del propio crecimiento vegetativo y la de migración de otras zonas del país, en particular del interior de los territorios de Neuquén y Río Negro y desde países limítrofes, en este caso de Chile (Vapnarsky, 1983).

Como señalamos los trabajadores del país trasandino conformarían, mayoritariamente, la mano de obra asalariada ocupada en actividades agropecuarias como peones rurales y sin acceso a la tierra para la producción intensiva, situación que no se ha modificado hasta la actualidad.

Es importante señalar que desde fines del siglo XIX, se advierte la presencia chilenos asociada a la ganadería extensiva y al cultivo de alfalfa en la zona. “El hecho de constituir una fuerza de trabajo conocedora de las tareas rurales, pero generalmente sin acceso a la tierra, influyó en su temprana movilidad dentro de su país y desde éste hacia la Argentina” (Kloster y otros, 1992). Particularmente en el caso del Alto Valle, estos históricos desplazamientos tuvieron un carácter relativamente permanente.

Chilenos de 14 años y más ocupados por rama de actividad agrupada según año de llegada a Argentina. Alto Valle del Río Negro. Año 2003.

Rama de Actividad Agrupada	Año de llegada a Argentina				Total
	Hasta 1969	1970 - 1979	1980 - 1989	1990 - 2003	
Primaria	1.117	1.063	1.208	379	3.767
Secundaria	608	945	612	24	2.189
Terciaria sin servicio domestico	964	1.339	925	191	3.419
Construcción	876	755	261	15	1.907
Servicio domestico	472	714	634	133	1.953
Sin información	30	80	23	0	133

⁵ En el presente trabajo se respetan las etapas definidas para la cuenca frutícola del río Negro por el Grupo de Estudios Sociales Agrarios de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Comahue.

Total	4.067	4.896	3.663	742	13.368
--------------	-------	-------	-------	-----	--------

Fuente: INDEC, Encuesta Complementaria de Migraciones Internacionales

El cuadro refleja que la actividad primaria ha sido el principal destino de los chilenos, seguido del servicio doméstico. La identidad-étnico nacional de estos migrantes se convirtió en muchos casos en un recurso positivo que garantizaba trabajo incluso a generaciones argentinas calificadas y autocalificadas como “chilenas” (Trpin, 2004). Sin embargo, la inserción de los migrantes no puede pensarse en términos ahistóricos, sino más bien como producto de los contextos internacionales, nacionales y locales.

Roberto Benencia, quien ha trabajado en Argentina la migración boliviana como parte del fenómeno transnacional, recupera a Basch, Schiller y Blanc Szanton (1992). Estos observaron que la migración transnacional está vinculada a las actuales condiciones del capitalismo global, por lo que debe ser analizada “en el contexto de las relaciones globales entre capital y trabajo” (Benencia, 2006: 140). Según Stephen Castles y Marx Miller

“Los movimientos adoptan muchas formas: las personas emigran como obreros, especialistas altamente calificados, empresarios, refugiados o como parientes de migrantes previos. Independientemente de si la intención original es un movimiento temporal o permanente, muchos se establecen de manera definitiva. Se crean redes de migrantes que vinculan las áreas de origen y destino y ayudan a impulsar importantes cambios en los dos” (2004, p.14).

Para el caso que nos ocupa, cabe recuperar los trabajos sobre migración laboral. La teoría de los mercados de trabajo dual identificada con Michael Piore (1979) permitió observar que las migraciones internacionales obedecen a una demanda permanente de mano de obra en las sociedades industriales avanzadas, que produce una segmentación en sus mercados de trabajo. Estas economías necesitan trabajadores extranjeros para ocupar los puestos que rechazan los trabajadores nativos. Los mismos estarían caracterizados por ser mal pagos, inestables, no cualificados, peligrosos y de poco prestigio.

Tal perspectiva comparte con la llamada teoría del sistema mundial la idea de que las economías altamente desarrolladas necesitan, insoslayablemente, de mano de obra foránea para ocupar lugares de trabajo en determinados sectores productivos. Desde luego, se sitúa en el mismo plano de los grandes procesos macrosociales. La explicación de la teoría del sistema mundial sobre las migraciones internacionales no reside tanto en esta demanda de trabajo, sino más bien en los desequilibrios generados por la penetración del capitalismo en países menos desarrollados. Sassen (1988) es una de las referentes más destacadas, y sus investigaciones concluyen que las migraciones refuerzan las desigualdades en lugar de contribuir a reducirlas.

Suarez Navas (1998) considera que

“tanto porque los trabajadores migrantes ocupen puestos laborales no cubiertos por trabajadores autónomos o porque su presencia acelere los procesos productivos y aumente la demanda de fuerza de trabajo afectando su precio, la mano de obra

migrante constituye un factor clave en la expansión de los procesos productivos. Y así contribuye a la expansión del sistema capitalista mundial” (en Benencia, 2006, p.140).

Desde estas últimas líneas de análisis es que situamos la presencia de mano de obra migrante en la fruticultura intensiva del Alto Valle de Río Negro, ya que, tal como sostienen Castles y Miller, quizá lo más característico del empleo de los inmigrantes es la creación de núcleos o la concentración en puestos, industrias y sectores económicos particulares.

Complementar los procesos “macro” involucran también el registro de la propia experiencia de los sujetos en los espacios en los que cuales se emplearon. Estas miradas se transforman en un desafío para analizar las territorialidades ampliadas, incluso dentro de la dominancia de producciones rurales de exportación.

En el Alto Valle, trabajadores chilenos que se desplazaron solos o con su grupo familiar, se radicaron definitivamente en el área rural. Esta población, sumada a los migrantes provenientes del interior de las provincias de Neuquén y Río Negro, se estableció conformando núcleos de población aglomerada. Se proceso se refleja en ocupaciones de tierras fiscales, por lo general próximas a las explotaciones frutícolas, en zonas de rivera o como simples tiras de viviendas a lo largo de canales de riego, desagües o junto a algún camino vecinal del área rural. Resulta oportuno señalar que la disposición “lineal” muy frecuente en las localizaciones de la zona oeste de la zona, tiene relación con la escasa presencia de “áreas vacías” en el interior de esa zona productiva, producto de la temprana y rápida privatización de la tierra.

En la mayoría de los casos la localización fue orientada por la cercanía a la fuente de trabajo, compartiendo en términos generales las características de vulnerabilidad propias de las localizaciones marginales respecto de la infraestructura social y de servicios de las zonas urbanas. El importante crecimiento de algunos de estas territorialidades derivó en su consolidación y reconocimiento por parte de los municipios.

Poseen particulares característica aquellos localizados en caminos vecinales, localmente denominados “calles ciegas”, dado que allí se ha conformado un mundo particular que encierra “relaciones sociales que se complementan y también escapan a la dominante dinámica frutícola. Las calles ciegas constituyen un espacio de producción y de circulación de bienes e información que atraviesa a las familias de inmigrantes trabajadores y la socialización de sus hijos” (Trpin, 2004: 16).

En estos asentamientos cada predio está delimitado por cercos de madera o alambre, allí se ubican una casa, algún corral, un gallinero o una huerta. Las construcciones pueden ser de adobe, sin aberturas, o de ladrillos con techos y aberturas de chapa. Los patios son de tierra apisonada y en algún rincón suele amontonarse leña para calefaccionar la casa; también en el patio suele haber una bomba de agua y un horno de ladrillo para cocinar pan, empanadas o algún lechón. En estos espacios la gente suele carecer de servicios públicos como gas, luz o agua, pero su abastecimiento se resuelve de diferentes maneras. La provisión de gas se sustituye con fuentes de calor alternativas como la leña o el gas envasado; el agua se obtiene por bombeo de bombas manuales o eléctricas y la luz la obtienen “colgados” de los postes de corriente que proveen a las chacras.

Esta imagen de los territorios organizados por familias de trabajadores rurales ha ido modificándose con el correr de los años. Para analizar las transformaciones de estos espacios junto con la reestructuración productiva característica del período 1960-1980, consideramos necesario particularizar la cristalización del complejo agroindustrial. En esta etapa se produjo una importante expansión de la actividad que incidió en una necesidad creciente de mano de obra estacional que intensificó los procesos migratorios tanto nacionales como internacionales -Chile-. Es precisamente “durante la etapa de expansión de la actividad y coincidentemente con la creciente urbanización del Alto Valle, el asalariado rural, antes mayoritariamente golondrina, encuentra en la región opciones laborales complementarias, lo que le permite radicarse en forma definitiva” (Merli-Nogués, 1996). En los ochenta se consolida la particular pauta de asentamiento que caracteriza actualmente al área.

Estos territorios son reconocidos por los productores y el estado por ser reserva de fuerza de trabajo permanente o estacional que se requiere a lo largo del ciclo productivo. Estos grupos, ya establecidos en el área, se convirtieron en referentes para aquellos compatriotas que tenían la intención de radicarse o realizar la temporada de cosecha.

En síntesis, es importante destacar el significado que tiene el emplazamiento de los mismos en las representaciones colectivas de estas familias. La experiencia de combinar el trabajo y la vivienda dentro de las chacras ha sido significada por muchos trabajadores como signada por el control. Gabriel Saldía, un trabajador chileno residente de una calle ciega manifestó que:

“los patrones no te dejan hacer nada; ya porque se hace daño la fruta, al patrón le parece todo mal; no dejan tener ni unas avecitas y te controlan todo el día. Yo opté por no ser humillado y me fui a una “rancho”. Hay mucho abuso de los chacareros⁶”.

La vida cotidiana en estos espacios posee una dinámica en la que se combinan la opción por vivir fuera de la chacra y la necesidad de los hombres en emplearse en la fruticultura, debida a la oferta de empleo y a las mayores distancias entre estas viviendas y otras opciones laborales. A ello se agregan prácticas económicas que escapan a las relaciones productivas directas entabladas en la chacra entre el patrón y el peón, atravesadas sin embargo por un contexto rural dominado por la fruticultura. Entendiendo a las prácticas económicas como actividades que se relacionan con la reproducción de condiciones materiales de la familia y de las condiciones de vida de sus integrantes en el marco de una producción “mayor” (Douglas y Iglarwood: 1979), estos migrantes han explotado varias posibilidades de obtener ingresos por fuera del empleo en las chacras.

Algunas prácticas como la cría de animales, la organización de huertas, la atención de despensas o la convocatoria de ferias de “trueque” pueden señalarse permeadas de cierta “autonomía”, entendiendo a la “autonomía” como “las acciones y el discurso de los grupos subordinados que buscan recrear espacios socio-culturales propios dentro y fuera de las relaciones de poder” (Lagos, 1997: 179). Si bien la expectativa de autonomía se concreta en el desarrollo de determinadas acciones que se evidencian en la posibilidad desarrollar actividades por fuera de las relaciones definidas por la fruticultura, Lagos advierte que a veces

⁶ Entrevista realizada el 4 de octubre de 2001.

la autonomía subordina y empobrece, en tanto, la vida puede verse precarizada y tornarse vulnerable frente a “nuevas formas de dominación y explotación” (Ibíd.: 182).

Sin embargo, para muchos migrantes, estos territorios constituyen una alternativa residencial que permite a sus familias controlar el proceso de producción de algunos bienes de consumo e intercambio, romper los lazos de dependencia y subordinación que experimentan las familias de chilenos que viven dentro de las chacras.

La construcción de estos territorios tiene una funcionalidad económica relacionada básicamente con la reproducción familiar y colectiva de esta población. En coincidencia con Milton Santos (1996), entender ese contenido geográfico del cotidiano podría contribuir a comprender la relación entre espacio y migraciones expresada en la materialidad, ese componente imprescindible del espacio geográfico, que es al mismo tiempo, una condición para la acción; una estructura de control, un límite a la acción; pero a la vez una invitación a la acción. Esa vida cotidiana que es el lugar estratégico para comprender la compleja pluralidad de símbolos, de interacciones ya que se trata de un espacio en el que se plasman las prácticas y las estructuras del escenario de la reproducción y simultáneamente de la innovación social (Reguillo, 2000).

Algunos casos identificados

Tal como hemos sostenido, la localización de los territorios construidos por migrantes y trabajadores rurales están vinculados al espacio rural, situación que se fue modificando con la reestructuración productiva, los cambios tecnológicos y el proceso de urbanización que caracterizó al espacio valletano en las últimas décadas. Entre los más reconocidos núcleos de población a lo largo de un área de 130 kilómetros que ocupa el Alto Valle pueden mencionarse casi 30 barrios y calles ciegas en distintas localidades ubicadas alineadamente a lo largo de la ruta nacional 22. En las ciudades que se mencionan a continuación, fueron observados distintos asentamientos a partir de salidas de campo, algunos de los cuales se encuentran también registrados en documentos de la Autoridad Interjurisdiccional de Cuenca (AIC):

-General Roca: La Ribera, Mosconi, Chacra Monte, Paso Córdova, Barrio Canale, Barrio Mar del Plata, Barrio La Unión, Barrio El Petróleo, Barrio Villegas, Puente Cero, El Provenir.

-Cervantes: La Defensa y Virgen de Lujan.

-Cipolletti: Costa Norte, Costa Sur, Labraña, Puente 83, El Treinta, Tres Luces, Ripiera Palito, Ferri, Lator, María Elvira, Goretti, que proveen de mano de obra a las explotaciones frutícolas próximas.

-Allen: Costa Oeste, Costa Este.

-Guerrico: Calle Ciega N° 10.

-Villa Regina: Barrio Santa Rita, Barrio Alberdi

Según Vapnarsky y Pantelides, (1987) Mosconi en el ejido de General Roca, surgió al igual que el resto asociados a la actividad frutihortícola. Al adquirir paulatinamente

características de áreas urbanizadas, tales como trazado regular e infraestructura de servicios hace que los autores mencionados los incluyan dentro de la categoría de “pueblo” a diferencia de los restantes asentamientos. El Censo Nacional de Población y Vivienda de 1991 consideró a Mosconi como un asentamiento separado del ejido urbano de la ciudad de General Roca, contando en ese momento con un total de 586 habitantes. Según un trabajo realizado en 1993⁷ indica que si bien éste surgió en un principio vinculado estrechamente a la actividad productiva predominante en el área valletana la mayor parte de la población al momento del mencionado estudio revela que se encuentra ocupada en el medio urbano. Es interesante preguntarse las razones de esta situación.

Al asentamiento La Ribera el Censo Nacional de Población y Vivienda de 1991 lo consideró como un “aglomerado”, si bien pertenece al ejido de la ciudad de General Roca. El censo contabilizó un total de 468 habitantes distribuidos en 183 viviendas; en el 2001 posee 605 habitantes de los cuales 309 son varones y 296 mujeres. En este caso no se sumó a la población total de la ciudad de General Roca.

Según Vapnarsky y Pantelides (1987) La Ribera podría ser considerado un “caserío”, también tiene un surgimiento con trazado irregular y en tierras fiscales. Este asentamiento a diferencia de Mosconi presenta el mayor porcentaje de la población ocupada en empleos rurales temporarios y muy precarios y con una fuerte inserción en el medio urbano en changas (Acuña, Facci y otros, 1993).

Chacra Monte está localizado aproximadamente a cinco kilómetros del centro de la ciudad de General Roca, por tal razón es considerado desde el punto de vista censal como otro “aglomerado”, al igual que Mosconi, La Ribera y Paso Córdoba. Los primeros habitantes fueron trabajadores agrícolas sin trabajo estable que ocuparon tierras privadas hasta que la Municipalidad expropia los predios para regularizar el trazado y dotarlo de ciertos servicios. Según el Censo Nacional de Población y Vivienda de 1991, este barrio cuenta con una población de 574 habitantes distribuidas en 146 viviendas, en el 2001 se registran 1293 habitantes de los cuales 664 son varones y 629 mujeres. Según un estudio realizado la mayor parte de la población tanto hombres como mujeres está asociado a trabajos rurales inestables, poco calificados y mal remunerados (Acuña, Facci y otros, 1993). En la actualidad en inmediaciones a este barrio se han asentado familias de los descendientes de los primeros migrantes radicados en Chacra Monte, consolidando lo que se denomina “la toma de Chacra Monte”. Estos nuevos territorios demandan al municipio mejoras habitacionales, siendo recurrente en los medios de comunicación las noticias sobre movilizaciones de estas familias peticionando en la ruta 22 o frente al gobierno local, demanda que manifiestan en calidad de “obreros rurales”.

Paso Córdoba, otro asentamiento de la ciudad de Gral. Roca está ubicado a 10 kilómetros del centro del ejido urbano. El Censo Nacional de Población y Vivienda registró allí 666 habitantes distribuidos en 148 viviendas; el censo de 2001 relevó un total de 877 habitantes siendo 446 varones y 431 mujeres. Los trabajos realizados por la población económicamente activa -ya sean hombres o mujeres- el 59.6 por ciento está asociado al medio rural y el 40.4 por ciento trabaja en relación de dependencia con el medio urbana (Ibíd.).

⁷ “Evolución y Características actuales de los asentamientos de población en el medio rural. El caso de Mosconi, La Ribera, Chacra Monte y Paso Córdoba.” 1993. Trabajo correspondiente al Seminario: Asentamientos Urbanos- Rurales, dirigido por la Prof. Elba Kloster. Departamento de Geografía, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue.

Es para destacar en los cuatro barrios considerados el importante porcentaje de población chilena que dio su origen. En entrevistas realizadas, los vecinos suelen afirmar “acá somos casi todos chilenos”, o “este es un barrio de puros chilenos”.

Además de barrios que con los años fueron modificando su fisonomía hasta presentarse con calles trazadas, servicios e instituciones estatales como escuelas, centros de salud, comisaría, biblioteca y salones comunitarios, en la zona rural existen las denominadas calles ciegas. Estas están formadas por casas más o menos precarias ubicadas sobre los márgenes de algunos caminos rurales y constituyen un espacio de residencia y de prácticas económicas que se complementan con las desarrolladas en torno a la fruticultura. Representan

“una variante de la vida rural que no suelen aparecer en los trabajos sobre producción, por dos razones: porque sus habitantes ocupan un espacio ilegal que no es reconocido por las autoridades estatales, y porque no necesariamente sus actividades son parte de la fruticultura propiamente dicha. Estos dos elementos definen un modo de reproducir en los descendientes de migrantes chilenos la vinculación entre chilenidad y trabajo rural. Las chacras y las calles ciegas son lugares de producción y de socialización donde se arraigan y desarrollan las familias que son, a la vez, la base organizativa del trabajo en ambos espacios –chacras y calles ciegas- y las transmisoras de los saberes necesarios para reproducirse como trabajadores y como chilenos” (Trpin, 2004:27).

Estos migrantes radicados, respondieron a los estímulos y desafíos que le ofrecía la región. Esta circunstancia incidió en la forma en que estos grupos de población elaboraron sus opciones de reproducción en relación a las condiciones impuestas por la organización y producción del sistema frutícola.

Las territorialidades en la etapa actual de reestructuración productiva

En el Alto Valle de Río Negro y Neuquén, desde fines de la década de los cincuenta hasta el inicio de los noventa la introducción de innovaciones tecnológicas, mecánicas, químicas y biológicas incorporadas en las diferentes etapas del proceso productivo transformaron los procesos de trabajo y alteraron la demanda cualitativa de trabajadores y las formas de articulación entre empresarios y pequeños productores.

Los paquetes tecnológicos que fueron apropiados en forma desigual por los distintos actores sociales dieron lugar a una base productiva heterogénea. En este escenario conviven grandes empresas altamente tecnificadas con alta productividad del trabajo, algunos productores capitalizados que incorporaron determinadas tecnología y unidades pequeñas que no disponen de recursos suficientes para acompañar la modernización.

Estas transformaciones que dan cuenta de una base productiva heterogénea repercuten en un mercado de trabajo también heterogéneo. En coincidencia con Lara (1998) esa heterogeneidad se debe mirar desde los trabajadores y desde la empresa⁸. En el primer caso se relaciona a las estrategias de reproducción de su familia y de la comunidad de origen.

En este contexto, se produce un aumento del trabajo transitorio y se intensifican los flujos no sólo de capital y de “commodities”, sino también de trabajadores en su mayoría provenientes del norte del país. El empleo rural y agroindustrial en el sector exportador de frutas frescas y derivados en Argentina, se ha visto fuertemente modificado como resultado del importante proceso de reestructuración productiva de fines del siglo XX. Este proceso se logra básicamente sobre la base de la modernización productiva con adopción tecnológica selectiva y de la flexibilización de la mano de obra, en especial en las etapas postagrícolas. Las nuevas tecnologías y el contexto normativo institucional facilitan esta flexibilización y surgen nuevas variantes de precarización laboral (Bendini, Tsakougagos, Radonich 2003), las que afectaron a los eslabones más débiles y vulnerables de la cadena tal como los peones generales, los cosechadores, es decir los trabajadores de muy baja calificación.

Estos cambios que en líneas generales, redujeron y jerarquizaron la demanda de trabajadores, -aunque compensada por la expansión física y la integración de la actividad-, se reflejaron en los territorios de trabajadores objeto de análisis. Estas territorialidades que se habían caracterizado en décadas anteriores como proveedoras “casi exclusivas” de fuerza de trabajo para el ámbito rural y refugio de migrantes chilenos, tendieron a incorporar otras alternativas para completar las prácticas laborales rurales, ya sea desde las relaciones con el estado o trabajos inestables a término en el espacio urbano. Además, el crecimiento poblacional de los espacios dejó de ser producto de la llegada de migrantes y proyectarse por la extensión de las familias existentes, conviviendo en los predios unidades domésticas emparentadas.

Ejemplo de ello es el relato obtenido de una migrante chilena residente del Barrio Santa Rita de Villa Regina. Durante una recorrida por el asentamiento nos comentó que junto a su esposo fueron primeros pobladores allí, que “el barrio eran unas dos manzanas, después todo yuyos”. En la actualidad residen en el mismo asentamiento dos hijas nacidas en la Argentina, una de las cuales vive con su familia en un predio en el que observamos una casa de material y en la parte delantera una despensa; en el mismo terreno el yerno de la señora de origen chileno acopia leña para vender a los vecinos, la cual obtiene de los frutales arrancados en las chacras contiguas. Este hombre se dedica a esta actividad porque, según la informante “se cansó de trabajar por poca plata en las chacras”. Al tiempo que los pobladores de estos barrios realizan actividades económicas por fuera del empleo en las chacras como vender leña o tener una despensa o quiosco, o realizar venta de ropa en la vereda -como observamos en la esquina de una escuela primaria del Barrio Chacra Monte-, también obtienen planes asistenciales inaccesibles dentro de las chacras.

Podemos considerar que “este proceso ha sido acompañado por la asignación de planes y beneficios sociales a escala local, (...) difundándose la presencia del estado en su

⁸ Desde la empresa resulta de cómo se gestiona el trabajo y cómo se utiliza y desarrollan las capacidades socialmente diferenciadoras de los trabajadores. Asimismo, la forma de gestión se modifica constantemente de acuerdo a la tecnología incorporada y a las nuevas formas de organización flexible del trabajo relacionada con la reestructuración en marcha y en particular las demandas del mercado internacional.

rol asistencialista dentro del ámbito rural, en pos de minimizar los efectos de las desocupación y de la reestructuración productiva” (Trpin,2004: 581).

Ante esta situación y en un marco de crisis y ajuste, ¿en qué medida y de qué manera se vieron afectados los trabajadores que dieron lugar a estas territorialidades? ¿qué estrategias son las que deben elaborar estos asalariados rurales?, Qué diferencias se observan en estos territorios?.

Esta realidad da cuenta de relaciones sociales globales y nos coloca ante la reestructuración de los sistemas agroalimentarios. En particular, espacios como el valletano de agricultura intensiva que deben responder a las exigencias impuestas por una economía competitiva y global. Es así que esta especificidad local no se restringe a los límites de los asentamientos, del valle de los ríos Negro y Neuquén, sino que va mucho más allá, “La historia de la producción de un hecho desencadena un proceso mucho más amplio, que coloca el fenómeno en contextos cada vez más amplios” (Santos, 1996:56).

Los trabajadores que llegaron al Alto Valle rionegrino y dieron lugar a estas territorialidades, que se caracterizaron por ser migrantes asalariados/as que se insertaron como peones generales, podadores, cosechadores/as, empacadores/as ven perder las oportunidades de trabajo junto a sus hijos, quienes tenían como perspectiva reemplazarlos. Ven incrementar su riesgo y vulnerabilidad social, en un marco de incertidumbre de encontrar trabajo o no, ante las condiciones impuestas por una nueva realidad. Desde la década de los noventa se produce una transformación en la socialización laboral, que deja de ser una práctica que se transmite de generación en generación. Son obligados a reelaborar permanentemente sus prácticas para insertarse en los intersticios que le ofrece la realidad.

La complejización de los procesos de producción, deben ser el contexto para comprender los cambios y las respuestas de estos sujetos sociales, a la imposición de las situaciones socioeconómicas globales que condicionan la vida cotidiana de estos individuos. Entretanto se podría afirmar, que en distintos momentos históricos de estos asentamientos, que reflejan el devenir del tradicional Alto Valle del río Negro la diversas prácticas de reproducción han estado presente y en la actualidad resultan alternativas válidas en un contexto creciente de desempleo y pobreza, a la vez de modernización productiva y concentración del capital.

Bibliografía

Acuña, M., Facci, M., Juarez, C., et.al, 1993. “Evolución y Características actuales de los asentamientos de población en el medio rural. El caso de Mosconi, La Ribera, Chacra Monte y Paso Córdoba”. Trabajo dirigido por Lic. Kloster, E. Depto. de Geografía Facultad de Humanidades UNCo. Mimeo.

Bendini, M., Radonich, M., Steimbregger, N. y 2005. “Nuevos espacios agrícolas y migraciones estacionales: el Valle Medio del río Negro” Ponencia presentada en V Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. UBA. Buenos Aires.

- Bendini, M y Pescio, C. 1993. (Coord.) 1996. *Trabajo y cambio técnico. El caso de la agroindustria frutícola del Alto Valle*. Colmena. -GESA-UNCo. Buenos Aires.
- Bendini, M. y Radonich, M. 1999). (Coord.). 1999. *De golondrinas y otros migrantes. Trabajo rural y movilidad espacial en el norte de la patagonia argentina y regiones chilenas del centro-sur*. La Colmena-GESA-UNCo. Buenos Aires.
- Bendini, M. Tsakougakos, P. y Radonich, M. 2003 “Globalización, regionalización y reestructuración del mercado de trabajo frutícola”. *Informe Final de Investigación PIP-CONICET*.
- Blanco, J. 2007. “Espacio y Territorio: elementos teóricos-conceptuales implicados en el análisis geográfico”. En Ma. V. Fernández Caso y R. Gurevich (coord.) *Geografía. Nuevos temas, nuevas preguntas. Un temario para su enseñanza*. Biblos, Buenos Aires.
- Bustos Cara, R. 1994. *Territorios de lo cotidiano. Punto de partida para la reflexión*. UNS. Bahía Blanca.
- Bustos Cara, R. 1998. “Espacio-tiempo y territorio”. En Bulnes, M. y Bustos Cara, R. (comp.) *Estudios Regionales Interdisciplinarios*. UNS. Serie Extensión. Bahía Blanca.
- Bourdieu-Wacquant, 1995 *Respuestas por una antropología reflexiva*. Grijalbo. México
- Douglas M. y Iglarwood, B.: 1979. *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. México: Grijalbo.
- Cavalcanti, J. S. (Org.) 1999. *Globalizacao, Trabalho , Meio Ambiente. Mudancas socioeconomicas em regioes frutícolas para exportacao*. Editora Universitária UFPE. Recife.
- _____ 1999b. “Desigualdades sociais e identidades em construcao na agricultura de exportacao”. En *Revista latinoamericana de Estudios del Trabajo*. ALAST. Sao Paulo. Brasil
- Haesbaert, R. 2004. O mito da desterritorializacao. Do “Fim dos territorios” à Multiterritorialidade. Bertand. Brasil. Río de Janeiro. Brasil
- Hirata, H y Kergoat, D. 2000. “Una nueva mirada a la división sexual del trabajo”, en Maruani, M., Rogerat, Ch. y Tornst, T. *Las nuevas desigualdades (hombres y mujeres en el mercado de trabajo)*. ICARIA. Madrid
- Kloster, E, (dir.) Radonich, M. Steimbregger, N., Vecchia, M. Et.al. 1992. “Migraciones estacionales en el Alto Valle de Río Negro y Neuquén en el último decenio”. Dpto. de Geografía, Facultad de Humanidades. UNCo. Informe final. Mimeo.
- Lagos, M. 1997. *Autonomía y Poder. Dinámica de clase y cultura en Cochabamba*. La Paz: Plural editores.

- Lara, S. M. 1998. *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización del trabajo en la agricultura mexicana*. Juan Pablo Editor, México
- Medeiros, L. y Leite, S 1998. “Perspectivas para a análise das relações entre assentamentos rurais e região”. En Da Silva, F. Santos, R. y Carvalho Costa, L. (org.). *Mundo Rural e Política. Ensayos interdisciplinares*. Campus Editora. Río de Janeiro
- Merli, R. y Nogués, C. 1996. “Evolución de la rama frutícola del Alto Valle. Configuración de la estructura actual”. En Bendini, M. y Pescio, C. Op.cit.
- Moraes, A. y Da costa, W. 1987. *Geografia Crítica. LA VALORIZACAO DO ESPACO*. Hucitec, Sao Paulo
- Radonich, M. 2003. “Migrantes, asentamientos y desagrarización del empleo. Un estudio de caso en el Alto Valle del Río Negro y Neuquén. En Bendini, M. y Steimbregger, N. (coord.) *Territorios y organización social de la agricultura*. La Colmena. Buenos Aires.
- Radonich, 2004. “Asentamientos y trabajadores rurales. Una historia y un presente en el Alto Valle del río Negro y del Neuquén”. Tesis de Maestría en Sociología Rural Latinoamericana, FADECS. UNCo. Mimeo.
- Raffestin, C. 1980. *Pour une géographie du puvoir*. Litec. París.
- Reguillo, D. 2000. “La clandestina centralidad de la vida cotidiana”. En Lindón A. (coord.) *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Anthropos. Barcelona.
- Sánchez, E. 1981. *La Geografía y el espacio social del poder*. Amelia Romero, Barcelona.
- Santos, M. 1996. *Metamorfosis del espacio habitado*. Oikos-Tau. Barcelona. Madrid.
- Santos, M. 1996. *A natureza do espaço.Técnica e Tempo. Razao e Emocao*. Editora Hucitec. Sao Paulo
- Santos, M. y Silveira, M. L. 1998. “Más allá de las metáforas... Una geografía de la globalización”, en *Estudios Geográficos*, Instituto de Economía y Geografía. Madrid.
- Schiavoni, Gabriela. 1995. *Colonos y ocupantes*, Posadas, Universitaria-UnaM, 1995.
- Steimbregger, Kreiter y Radonich, 2006. “Reestructuración productiva y organización social de la agricultura en nuevas áreas de expansión”. Ponencia presentada en el VIII° Congreso Argentino de Antropología Social. Salta. 2006
- Ther Ríos, 2006. “Complejidad territorial y sustentabilidad: notas para una epistemología de los estudios territoriales”. En *Horizontes Antropológicos*. Vol.12, N° 25. Porto Alegre: UFRGS.
- Trpin, Verónica. 2004. *Aprender a chilenos. Identidad, trabajo y residencia de familias migrantes en el Alto Valle de Río Negro*. Buenos Aires: Antropofagia-IDES.

Trpin, Verónica. 2004. "Cuando el trabajo no alcanza. Reproducción social de familias chilenas en el norte de la Patagonia". En Revista Estudios Migratorios Latinoamericanos, año 18, N°55. CEMLA: Bs. As.

Trpin, 2007. "“¡Pero siempre estuvo así, es por los compradores del exterior!” Producción, trabajo y sindicato en la fruticultura del Alto Valle de Río Negro. Tesis de doctorado presentada en el Programa de Postgrado en Antropología Social. Universidad Nacional de Misiones: Posadas.

Vapnarsky, C.1983. Pueblos del Norte de la Patagonia, Editorial de la Patagonia. Gral. Roca.

Vapnarsky, C. y Pantelides, E. 1987. *La formación de un área metropolitana en la Patagonia. Población y asentamiento en el Alto Valle*. Informe de Investigación del Centro de Estudios Urbanos y Regionales CEUR, Buenos Aires